

PICASSO

Picasso es, sin duda, uno de los más grandes milagros españoles, y quedará en pie *a pesar de todo*, es decir, después de habernos dado ese espectáculo patético de su incansable juego. En Picasso todo es *negativo*, menos su genialidad. El arte moderno es, o ha tenido que ser, negación pura, y Picasso ha querido o ha tenido que ser su gran símbolo extremoso. Ante un nuevo cuadro de Picasso me conmueve siempre su *fidelidad* (su cambio constante no es otra cosa, posiblemente, que *desesperación* por no poder salir, por no poder libertarse de su fidelidad), fidelidad a su destino, a su tristísimo y hermoso destino. En cada nuevo cuadro parece *sucumbir* una vez más, humillarse ante su papel, ante su significación; y su obra parece entonces un sacrificio perpetuo, ya que ese cuadro (cualquiera de los suyos) *pudo* muy bien haber sido pintura, es más, está a punto de serlo, pero Picasso sabe que su pintura necesita *morir*, no ser pintura... en nombre de Ella misma. Hace muchos años publiqué un artículo sobre Picasso en el que empleaba una expresión que entonces resultaba un tanto escandalosa: “lo que hace Picasso no es propiamente pintar, sino *manipular*”; en aquel momento sufría yo ideas muy intransigentes sobre la legalidad y la pureza de la Pintura; creía, en fin, no ya en la pureza del arte, sino en la pureza de los oficios.

Hoy sigo creyendo que Picasso “manipula”, pero comprendo que ha tenido que ser así, que ha tenido que renunciar a su misma obra para poder *ser*, más aún, para poder *servirnos*. Eso que hace Picasso no es, en efecto, pintura, pero es *creación*, o mejor, contribución genial a una creación sentida con grandeza, entendida con generosidad. Le quitó al arte mucho sentimentalismo acumulado, mucha sensiblería, mucha blandura, mucha imprecisión; claro que dejó a la pintura, *en cueros*, y como tirada en medio de África, sola, viva de milagro, brutalmente sana. Ni los que le niegan por incompreensión, ni los que creen seguirle porque le imitan con servilismo, logran dañarle; seguir a Picasso (y tenemos la obligación de seguirle, puesto que parece haberle sido encomendada la clave del presente) no consiste, como han supuesto tantos, en imitarle, sino en volver a tomar la Pintura exactamente donde él la *interrumpió* y, libre ya de todo ese cargamento inútil que la envenenaba, cumplirla, o ir cumpliéndola, porque la verdad es que su cumplimiento no acaba nunca. Picasso no desmaya, y el papel de *mártir triunfal*, es decir, de héroe, que desde hace medio siglo pesa sobre sus espaldas, sigue representándolo con su fuerza, con su vitalidad, con su esplendidez, con su alegría indomable.

México, 1952